

## Seguridad en los mares australes

Desde que el hombre ingresó al Estrecho en 1520, se pudo sopesar en su total dimensión la inclemencia de la naturaleza que moraba en estas tierras. No existían instrumentos de alta precisión para ubicarse en el ancho mundo y los sextantes les indicaban la latitud aproximada en que navegaban. Cada 10 paralelos se asignaba un nombre según lo que encontrarán. El viento austral no sólo soplaba, silbaba o rugía, aquí en la soledad simplemente Bramaba. Por ello a este territorio lo reconocían y nombraban como la de los 50 Bramadores.

Cruzar el canal fue siempre un desafío y lo atestiguan los centenares de naufragios que sus aguas han cubierto por siglos. Nadie podría, ni antes ni ahora poder imputarles impericia u osadía temeraria a los capitanes que hacían los tracks por esta zona. Sería injusto atribuirles eso cuando sus historias personales les llevaron a transitar por todos los mares del mundo, soportando absolutamente todo tipo de inconvenientes. Llegar a Magallanes debía hacerse con respeto. Nadie aseguraba su paso sin recibir, al menos, alguna tormentosa recepción.

Nuestros elementos, tan cambiantes e impredecibles entonces se mantienen hoy, como un reino indomable, sólo soportable, del que nos sentimos orgullosos. Quienes se internan en sus canales, conocen de sus caletas abrigadas, comparten en solidaridad la soledad de sus misiones y se obligan a cumplir las instrucciones y reglamentos de la Autoridad Marítima, último garante de que puedan retornar vivos y con éxitos a sus hogares.

Si en tierra firme ya es difícil, más aún lo es desplazarse sobre las aguas australes. Las distancias son muy grandes y la ayuda puede tardar en llegar, razón más que suficiente para que curiosos, deportistas, yatistas, pescadores artesanales y mariscadores, como también las líneas de cruceros o mercantes valoren y cuiden sus desplazamientos y sus equipos.

Como en toda actividad humana, siempre hay un sesgo de preocupación por la "mayor exigencia" que sienten que se les impone para hacerse a la mar, y esta "exageración" es posible vulnerarla cometiendo pequeñas faltas. Somos humanos y creemos que podemos ejercer las actividades a nuestra pinta. Eso es posible, pero conlleva riesgos pensados pero no sopesados: la vida propia, la de sus tripulantes, la vida de los que habrán de arriesgarse en su rescate, la desolación afectiva y económica de sus familias, en fin.

El llamado de la Autoridad y los límites que se imponen tienen una razón de ser. La experiencia sufrida y padecida por tantos navegantes de antaño, debe estar presente en la mente de todos los que transitan acá, para estar atentos y evitar situaciones como la del Copihue en el Canal Tortuoso y del Puerto Edén en el Kirke, que podrían haber dañado gravemente nuestro ecosistema.